

Miguel León-Portilla

Religión de los nicaraos
Análisis y comparación de tradiciones
culturales nahuas

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1972

120 p.

Ilustraciones y mapas

(Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 12)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de agosto de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/religion/nicaraos.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CONCLUSIÓN

Ya hemos señalado que los testimonios recogidos por fray Francisco de Bobadilla y las observaciones personales de Fernández de Oviedo en relación con los nicaraos han sido estudiadas y comentadas en varias ocasiones por distintos investigadores. Sin embargo, hasta donde podemos saberlo, no se había hecho una comparación sistemática entre los materiales aportados por tales fuentes y lo que puede conocerse sobre las correspondientes instituciones de los pueblos nahuas del altiplano central. En el presente trabajo hemos intentado realizar dicha comparación, atendiendo principalmente a las creencias y prácticas religiosas de ambos grupos, nicaraos y nahuas centrales.

El análisis que previamente hicimos de la información proporcionada por los informantes nicaraos y asimismo de lo aportado por Oviedo, muestra que existe un caudal considerablemente grande de testimonios que muestran algo de lo que fueron la vida y el pensamiento de ese grupo centroamericano a principios del siglo **xvi**. La ulterior comparación que hemos pretendido llevar a cabo sistemáticamente entre esos materiales y las fuentes nahuas del altiplano, nos ha permitido percibir no pocas semejanzas en las formas de pensamiento y de actuación religiosa propias de grupos tan apartados entre sí. En algunos casos las similitudes que se han documentado pertenecen a tradiciones culturales con hondo arraigo entre los nahuas del altiplano. Como ejemplos pueden citarse las creencias en torno a Tamagástad y Cipatónal, o sobre la supervivencia del *yulio*, que tuvieron una expresión parecida en algunos de los himnos sacros de los nahuas. Tales textos, como ya se dijo, denotan considerable antigüedad por lo arcaico del lenguaje en el que fueron formulados.

Hemos señalado asimismo varias diferencias al hacer la comparación de elementos culturales. Apuntamos también que algunas de éstas pueden tener su explicación en la influencia de otros grupos vecinos de los nicaraos. Dos ejemplos pueden recordarse: la práctica de la deformación craneal, de posible origen maya, y la de la confesión de las faltas cometidas, mucho más frecuente y con un sentido más amplio que en el caso de los nahuas del altiplano, que asimismo

fue probablemente resultado de otra influencia cultural mayanese. Sin embargo, la nota predominante en el estudio comparativo de las creencias y prácticas religiosas de los nicaraos y de los otros nahuas ha sido la de una semejanza que en muchos casos aparece casi como identidad.

Por otra parte, al comienzo de este trabajo nos planteamos la cuestión de la procedencia de los nicaraos. Vimos cómo formaron parte del conjunto de emigrantes que se conocen con el nombre de pipiles. Algunos de éstos, según lo han podido comprobar distintos investigadores, quedaron en diferentes lugares de Mesoamérica: hacia el sur de Veracruz y en algunas regiones de Tabasco, Chiapas, Guatemala y El Salvador. Ahora podemos añadir que, para precisar la época en que ocurrió esa migración será nuevo elemento de juicio cuanto se ha notado acerca de la probable antigüedad de determinadas creencias de los nicaraos. Queda, no obstante, por precisar si el desprendimiento del tronco principal ocurrió a raíz del abandono de Tula o en época anterior como consecuencia de la dispersión teotihuacana. Para ello deberán de tomarse en cuenta las aportaciones de la arqueología, algunas incipientemente ya señaladas como la tradición cultural de las hachas y yugos, adquirida probablemente por los pipiles durante su estancia en el área veracruzana.¹⁸⁵ Resulta obvio, sin embargo, que hacen falta investigaciones que permitan otras formas de comparación sistemática de elementos como la cerámica y otros hallazgos que puedan lograrse en los recintos ceremoniales y lugares de poblamiento de los grupos que genéricamente se describen como pipiles.

Pero si respecto del punto anterior hay bastante por esclarecer, pensamos al menos que la comparación que hemos llevado a cabo permite deducir otras formas de conclusión de suma importancia. Se derivan éstas del hecho de que los testimonios que obtuvo Bobadilla de sus informantes e igualmente lo que contempló Oviedo provienen de una fecha tan temprana como fue la de 1528.¹⁸⁶ Has-

¹⁸⁵ Wigberto Jiménez Moreno, "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", *op. cit.*, p. 1076-1082.

¹⁸⁶ Ya hemos señalado, al tratar de los "testimonios primarios acerca de las creencias de los nicaraos", que se sabe con certeza que tanto Francisco de Bobadilla como Gonzalo Fernández de Oviedo estuvieron en Nicaragua en parte de los años de 1528 y 1529. Gracias a la carta que citamos de Pedrarias Dávila, de fecha 15 de enero de 1529, consta, además, que la información recogida por Bobadilla la llevó éste personalmente a España a principios de ese mismo año. En consecuencia, lo que han afirmado algunos modernos investigadores en el sentido de que no fue sino hasta 1538 cuando se obtuvieron los testimonios nicaraos, constituye un patente error. La expli-

ta ese año no se había establecido aún forma alguna de contacto directo desde Nicaragua ni con los conquistadores ni con los frailes que se hallaban en la Nueva España. Pedro de Alvarado había circunscrito sus conquistas al área de Guatemala y El Salvador. Se sabía que Hernán Cortés había llegado asimismo a la región de Honduras cuando marchó en contra de Cristóbal de Olid. Y precisamente Pedrarias Dávila quiso consolidar su dominio en Nicaragua en 1528, temeroso de que ese territorio fuera sometido por los conquistadores hispanos que podrían llegar a incursionar en él desde la Nueva España.

Tales circunstancias permiten afirmar que, al recoger Bobadilla los testimonios de sus informantes, no se vio influido por lo que otros españoles pudieran haber sabido en relación con las creencias de los pueblos nahuas del altiplano. Esto se vuelve aún más evidente si recordamos que, hasta ese mismo año de 1528, no se habían emprendido en México indagaciones sistemáticas de ninguna especie sobre las formas de pensamiento de los grupos indígenas.

Ni Motolinía ni Olmos ni menos todavía Sahagún habían iniciado sus meritorias empresas de rescate del legado cultural de los pueblos nahuas. Motolinía, al igual que los otros franciscanos del célebre grupo de los doce, llegados en 1524, aunque seguramente pudieron percatarse en poco tiempo de los aspectos más sobresalientes del antiguo ritual indígena, se vieron envueltos, durante esos primeros años, en la absorbente tarea de echar los cimientos de la incipiente cristiandad. Además, los trastornos que trajo consigo la actuación de la primera audiencia habían impedido cualquier propósito de investigación sistemática. En realidad ésta no comenzó sino hasta la venida de don Sebastián Ramírez de Fuenleal en septiembre de 1531, como presidente de un segundo cuerpo de oidores. Gracias a él se llevó a término una primera “descripción de la tierra” e igualmente, por encargo de don Sebastián, comenzó sus pesquisas fray Andrés de Olmos hacia 1533. Los trabajos sistemáticos de Motolinía, como él mismo lo hace constar, hubieron de iniciarse hasta el año de 1536.

cación del mismo se halla —como ya lo notamos— en la transcripción equivocada de la fecha que aparece en las ediciones más recientes de Oviedo. La sola lectura completa del libro iv, de la tercera parte de la *Historia general y natural de las Indias*, hubiera sido suficiente para desvanecer el equívoco ya que allí el propio Oviedo repite varias veces cuáles fueron las fechas de la actuación de Bobadilla en Nicaragua, así como de su propia estancia en esa región de Centroamérica.

Las consecuencias que cabe deducir de todo esto son ciertamente de interés. Por una parte, permiten afirmar que la indagación llevada a cabo por Bobadilla fue la primera que se hizo, de manera sistemática, en relación con las creencias de un grupo perteneciente al tronco lingüístico de los nahuas. Ello acrecienta la importancia de los testimonios que reunió, en los que se tocaron materias tan poco fáciles de alcanzar como las referentes a la supervivencia del *yulio*, a las cuentas del calendario con los nombres de los días o a la preeminencia de la deidad suprema y dual, *Omeyateite*, *Omeyateciguat*.

Por otra parte —y esto nos lleva a destacar una segunda consecuencia— tales testimonios, recogidos de manera sistemática e independiente en 1528, concuerdan en múltiples aspectos con lo que, gracias a fuentes indígenas de primera mano, puede saberse sobre el pensamiento religioso de los nahuas del altiplano central. Así lo hemos visto en la comparación que se ha hecho. Ahora bien, las semejanzas encontradas son nueva confirmación de la autenticidad y veracidad de la correspondiente documentación náhuatl proveniente del México central. Ninguna prueba mejor podría darse que la de esas manifiestas similitudes en el pensamiento de pueblos que pertenecieron a un mismo tronco pero que se encontraron apartados entre sí a una distancia de aproximadamente dos mil kilómetros.

El presente estudio comparativo, a pesar de sus limitaciones, da base, según creemos, para formular las conclusiones que hemos enunciado. Sin duda queda todavía mucho por investigar respecto de la cultura y la religión de los nicaraos. Ya hemos dicho que cabe esperar, de futuros trabajos arqueológicos, muy significativas aportaciones. Éstas, al igual que otros estudios de carácter etnohistórico, ayudarán a comprender mejor lo que fue la dispersión de los pueblos nahuas dentro de Mesoamérica y el grado de persistencia que mantuvo entre ellos la vieja herencia de su lengua y su cultura.